

género CUENTO INFANTIL

El disfraz de la mulita

Primer Premio Cuento Infantil
Categoría Socios (año 2000)
Autor: Dra. Laura Filgueira
Seudónimo: "Pelusa"

Cuentan que un día, la más anciana de las mulitas decidió no morirse sin antes conocer el sabor de las frutas, hortalizas y legumbres que crecían en la chacra. En primavera un olor exquisito inundaba las galerías y su fragancia le hacía olvidar un poco el miedo que sentía por hombres y perros. Es bien sabido que las únicas defensas del animal están en su caparazón de plaquitas duras rematada en casco y en su rapidez para cavar túneles y cuevas subterráneas. Pero como estaba muy vieja contaba solamente con su escudo, su olfato y la astucia que le daban sus años.

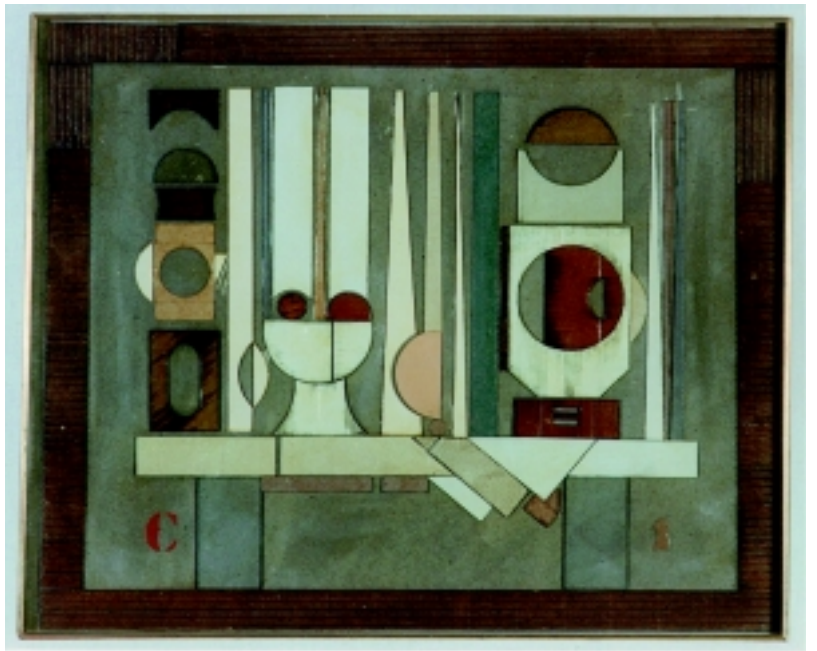
Es así como un día se arriesgó hasta la quinta del hombre. Tentada por los repollos y las acelgas de tallo tierno; ansiosa por desenterrar zanahorias y rábanos, ideó un disfraz capaz de desanimar a los curiosos. Entre las bandas de su armadura calzó ramitas de aruera; tantas, que de lejos tomó el aspecto de un montecito de retoños del temible árbol. Semienterrada y quietita esperaba el pasar de cualquier vibración del suelo, fuese hombre o animal, y escuchaba:

- *Buenas tardes señora aruera* - cuando era de mañana, porque se sabe que para librarse de las hinchazones que produce la aruera, hay que saludarla "al revés".

Pasaba unos días gloriosos engordando gracias a su camuflaje, que por cierto le daba alguna picazón en el hocico y en las raíces de la cola, pero que calmaba con gotas de rocío y jugo de frutillas.

Una tarde de sol, escuchó un sonido que venía del tajamar y decidió acercarse. Como ya no cabía por las galerías, volvió a vestir el traje de aruera, colocando con cuidado las ramitas entre los anillos del caparazón, y dejando ver los aguijoncitos de las hojas que la convertían en el terror de la urticaria. Así con su segunda coraza cruzó el pasto rabón evitando trillos y se subió a una lomita.

A unos treinta metros un niño frotaba una especie de cajita con cuerdas. De allí salían vibraciones, extraños cimbres que



Premio Fondo de Solidaridad Social (año 1999)
Tema libre. Obra: Naturaleza C. Autor: Dr. Milton García Marichal

no eran silbido, ni motor, ni ruido de bicho alguno; más bien una sucesión de golpecitos rápidos y risueños que le hacían cosquillas dentro del carpacho. Decidió entonces acercarse más, y sentir el resonar de aquella música dulce que parecía haber estado siempre dentro de ella.

De pronto la música cesó y el niño se echó de panza al suelo. Muy despacito comenzó a arrastrarse por el pastizal como una lagartija, llevando la cajita sonora colgada a la espalda.

No sé si fueron las cosquillas, el solcito o el atracón de frutas lo que adormeció a la mulita. En un sopor, entrecerrados los ojos, vio pasar a su primo Antonio navegando entre los pastos. La emoción de un reencuentro la puso tan contenta que comenzó a rascar el suelo con energía. Pero era inútil, con aquel disfraz seguramente lo espantaría. Se apresuró entonces a quitarse las ramas de aruera y repitió el llamado de sus pezuñas. Rascaba y se detenía a escuchar, hasta que por fin lo consiguió. Su primo ya se acercaba entre los pastos.

Era el día más feliz de su vida, había almorzado cosas riquísimas, sesteado al sol arrullada por la música y ahora encontraba a un querido pariente con quien compartir su hazaña. Seguro su fama se extendería, y llegaría a convertirse en la más sabia de

todas las familias de peludos, mulitas, quirquinchos y tatúes que excavaron alguna vez la tierra. Quizás si su leyenda se extendiera los armadillos no tendrían ya que esconderse en galerías subterráneas o arrollarse como bolas al ser molestados.

De pronto una gran agitación seguida de dos gigantescas manos humanas la pusieron a escarbar de apuro. El susto fue tan grande que los chorros de tierra hacían toser al atacante que la sostenía por el rabo. Semienterrada, aferrada con sus garras a la tierra, resistía el tirón, sabiendo que en la historia ninguna mulita había sido cazada cinchándole la cola. Era cuestión de hincharse mucho y clavar las garras esperando que su depredador se cansase, para así enterrarse un poco más. Inflada, siendo raíces con mandíbulas y manos, dejaba libres sus patas para cavar y cavar zafando del acoso. No era la primera vez que lo hacía. Centímetros más y podría escurrir su rabo entre los dedos del cazador.

Todo su optimismo se derrumbó cuando una humillante cosquilla, distinta a la que le producía la música, le hizo aflojarse y caer presa de aquel cachorro humano. Tarde supo que el instrumento que tocaba el niño se llamaba charango y que había sido canjeado por boniatos y vio a un zafrero guaraní de paso por el Hum.